

LA BALADA  
DE LOS  
ELEFANTES



JOAN  
BRADY

*Autora de Dios vuelve en una Harley*

La manada de elefantes conducida por la anciana matriarca Ashanti avanza lentamente por la sabana. En los treinta años que lleva liderándola, Ashanti siempre ha sabido dónde encontrar agua y alimento para su numerosa familia, que la sigue confiada y disciplinadamente. Excepto la joven Jayla Nandi. Su irrefrenable curiosidad y su espíritu de aventura la llevarán una y otra vez a apartarse de la senda establecida.

Una fábula dirigida a jóvenes y a adultos de mente joven, para quienes las aventuras de Jayla Nandi en el mundo de los elefantes se convertirán en sabias enseñanzas para vivir en el mundo de los humanos.

*A mis queridísimos amigos, Teresa Allen y George Spinka, doctores en medicina, que siempre están cuando los necesito.*

*Y al espíritu libre que todos llevamos dentro.*

«Ya sabes lo que dicen... Un elefante nunca olvida. Lo que nadie dice es que no se puede olvidar a un elefante».

Frase de Bill Murray, al final de la película  
Un elefante llamado Vera.

## 1

Ya estaba atardeciendo, y el sol envejecido propagaba un resplandor incesante por toda la extensión de la sabana. La fauna salvaje africana comenzaba a removerse en sueños, despertándose bruscamente por los jugos ácidos que corren las entrañas de un estómago vacío.

Pero no la manada de elefantas Ashanti. Ellas ya llevaban horas despiertas y hurgaban distraídas en las copas de los árboles en busca de comida: hojas, trozos ásperos de corteza y hasta los nidos resecos y crujientes de los gorriones tejedores de ceja blanca. Después de todo, era la estación seca y cualquier clase de alimento era bienvenido.

La manada llevaba el nombre de su matriarca de sesenta años. Durante más de tres décadas, incluso en las épocas de mayor sequía, Ashanti las había guiado hasta abrevaderos poco conocidos y tierras con abundante comida. Nadie sabía cómo y por qué la valiente líder conocía estos sitios, pero lo cierto es que la manada había aumentado y ahora estaba formada por casi una cincuentena, y nadie cuestionaba la capacidad de la matriarca, que todo lo sabía. A ella nada se le reprochaba. Las elefantas se movían y actuaban al unísono; una familia muy sólida e indestructiblemente unida.

Así era, excepto por Jayla Nandi. Como cabía esperar, la tataranieta de Ashanti, de once años de edad, volvió a apartarse por su propia cuenta, atreviéndose a romper la formación en fila india de la manada para explorar más allá de los límites de su mundo paquidérmico. Manteniéndose siempre al alcance de las llamadas constantes de su madre,

tías y hermanas, Jayla Nandi se aventuró a alejarse lo bastante de la ruta migratoria habitual para advertir otra clase de llamada; esta vez una remota y en cierto modo extraña. Ella no veía nada malo en desobedecer y alejarse unos pocos pasos del camino marcado, aunque sus parientes sin duda tenían una opinión muy diferente al respecto. Pero lo cierto es que los elefantes no tienen auténticos depredadores en la estepa, se recordó a sí misma. Bueno, claro, excepto por algún que otro león solitario impulsado por la testosterona, que estúpidamente intenta poner a prueba sus límites... y que por lo general acaba arrepintiéndose.

Fue entonces cuando la hermana mayor de Jayla Nandi se plantó frente a ella.

—Ni lo pienses —le advirtió Litsemba—. Sé lo que quieres hacer. Se te ve en la cara, y sabes que si lo haces sólo conseguirás meterte en líos.

Por supuesto que Litsemba tenía razón, pero a Jayla Nandi no le gustó nada que ella se metiera, y mucho menos su tono autoritario.

—A veces no sé de dónde has sacado esa vena rebelde —la regañó su hermana—. ¿Por qué siempre tienes la necesidad de romper las reglas consagradas y marcharte a explorar lo desconocido? —Ahora Litsemba hablaba como su madre. Se había aprendido a la perfección el tono de reprimenda y la postura amenazadora—. ¿Por qué no puedes sentirte a gusto quedándote en medio de la manada donde todas te queremos, donde todas cuidamos de ti y te protegemos?

—No lo sé, Sembi —respondió Jayla Nandi con sinceridad—. Quiero obedecer las reglas... De verdad que quiero hacerlo. Pero de vez en cuando algo me invade y no puedo dejar de preguntarme qué hay en el mundo además del viejo y aburrido camino que transitaron todos y cada uno de nuestros ancestros.

—Lo que fue bueno para ellos —recitó Litsemba imitando a los adultos a la perfección— es bueno para nosotros.

¿Cómo crees si no que nuestra especie podría haber sobrevivido tantos milenios sin estar unida?

«Siempre lo mismo», pensó Jayla Nandi, pero decidió que era mejor no decirlo. No había ninguna necesidad de granjearse la antipatía de su hermana, que últimamente parecía empeñada en demostrarle a la manada que estaba bien preparada y dotada para la maternidad.

—Pero ¿es que tú nunca te preguntas qué hay más allá, Sembí? —insistió.

—No. —La respuesta fue inmediata.

—¿De verdad?

—De verdad —declaró la hermana mayor, práctica y concluyente como una aprendiz de madre.

Pero Jayla seguía sin estar convencida.

—¿Estás segura? —la presionó—. ¿Ni siquiera cuando los críos machos crecen y se marchan solos o se unen a una manada de solteros? ¿Nunca te preguntas qué clase de vida llevan allí afuera, sin reglas y sin crías a las que cuidar, guiar o proteger? —añadió—. ¡Sin responsabilidades, excepto para con ellos mismos! —Jayla Nandi dejó escapar un largo suspiro de envidia—. A mí me parece el paraíso —reflexionó.

—Pues a mí me parece imprudente y sin sentido —rebatía Litsemba—. Por no decir egoísta.

Allí estaba. La antigua palabra de siete letras que las elefantas siempre habían condenado desde el principio de los tiempos. ¿Pero por qué? Jayla Nandi nunca había entendido muy bien por qué el egoísmo era una amenaza para la manada. Ni siquiera estaba segura de lo que significaba ese concepto; sólo sabía que su uso en cualquier contexto estaba estrictamente prohibido dentro de la manada, a menos que fuera para combatirlo.

—Pero ¿tú cómo puedes saber que los machos son egoístas? —insistió Jayla Nandi—. ¿O que ser «egoísta» es algo necesariamente malo? Puede que estén por ahí pasán-

doselo en grande, y nosotras, las hembras, ni siquiera sabemos qué es pasárselo en grande.

Los ojos de Litsemba, como los de la mayoría de los elefantes, eran mucho más viejos que el resto de sus órganos, y ahora lanzaban una mirada punzante a la ingenuidad de su despistada hermana menor.

Fue entonces cuando apareció Ayesha, la madre siempre presente. Sonrió con aprobación a su hija mayor, y con la trompa condujo a Jayla Nandi de regreso a la manada.

Al cabo de un rato, nadie se mostró sorprendido cuando un mensaje urgente de Ashanti empezó a circular por la manada: una asamblea familiar con asistencia obligatoria se celebraría una hora antes de la medianoche.



## 2

Que no quepa duda: la matriarca conocía bien a su auditorio. Por lo general las Ashanti se pasaban un promedio de dieciocho horas al día buscando comida en las copas de los árboles o pastando en el suelo. El resto del tiempo descansaban en uno de los pocos lugares codiciados por su sombra, o cubriéndose a sí mismas con polvo, o preferentemente con barro, siempre que lo tuvieran a su alcance: cualquier cosa que les sirviera para protegerse del sol abrasador.

Sin embargo, la hora nocturna señalada para la asamblea familiar evidentemente tenía un motivo. Si bien los elefantes africanos suelen estar activos tanto de día como de noche, la última comida diaria es habitualmente entre las nueve y las once de la noche, mientras que el sueño más reparador se produce normalmente entre las tres y las siete de la madrugada. Eso suponía que a la hora en que se había convocado la reunión el apetito de todas ya estaría placenteramente saciado y de momento nadie tendría ganas de irse a dormir.

A eso de las diez y media la actividad febril por la comida empezó a disminuir. Pronto llegó a un punto en el que apenas quedaban ecos de sonido alguno, alguna elefanta que comía despreocupadamente por allí y otra que seguía masticando ruidosamente por allá. El calor opresivo de la tarde seguía latente en el aire nocturno, incitando a muchas a batir sus orejas cual enormes abanicos mientras se dirigían tranquilamente al claro que desde hacía largo tiempo había sido designado como lugar habitual de reunión.

Siempre atentas a la seguridad de su prole, las madres y sus crías formaron los primeros círculos interiores de la asamblea. A Jayla Nandi no se le pasó por alto que su hermana Litsemba, exhibiendo una presumida sonrisa paquidérmica, nada menos, se las había ingeniado para hacerse un hueco entre ellas, aunque todavía no fuese lo que se dice una madre. Todas las demás —hermanas, primas, tías y ancianas— se desplegaron para formar un enorme círculo protector alrededor de la zona.

Una vez que todas terminaron de barritar y de saludarse, algunas entrelazando afectuosamente sus trompas, la manada se aquietó. Sólo entonces, en el más absoluto silencio de la sabana iluminada por la luna, la majestuosa Ashanti, con toda parsimonia, ocupó su regio lugar en el centro de la asamblea.

—Buenas noches a todas —saludó al grupo, y por primera vez Jayla Nandi advirtió que los antiguos colmillos imponentes de Ashanti ya casi no existían: el principal de la derecha era apenas una pequeña protuberancia que surgía del labio superior, mientras que el menos usado de la izquierda era sólo un vestigio estructural de lo que alguna vez había sido. En una inspección más de cerca se apreciaba con dolor que la sexta y última dentadura de la matriarca estaba resquebrajada y que de ella sólo quedaban algunos restos redondos de marfil, augurando que en poco tiempo sólo podría alimentarse de la blanda vegetación acuática. Jayla Nandi recordó haber oído que esa era la razón de que muchos esqueletos de elefantes fueran hallados junto a los abrevaderos. El legendario «cementerio de elefantes», tal como se lo conoce, es el lugar donde la mayoría de los elefantes ancianos, cansados y sin dientes, acuden instintivamente para morir.

Parece que aquella noche Ashanti había decidido empezar con un chiste:

—Ha llegado a mis oídos —dijo con sus modales incondifundibles y solemnes, aunque también directos— que quizá

sea el momento de... hummm... esto... de coger el elefante por los colmillos.

La manada fue desbordada por una risa nerviosa que enseguida se apagó.

—En otras palabras —prosiguió—, creo que es el momento de... hummm... de volver a recordar las reglas sagradas de la familia.

El sentimentalismo de Jayla Nandi se evaporó de inmediato y al oír eso se le cayó el alma a los pies. Iba a ser exactamente lo que ella había sospechado; un recordatorio de la importancia de los roles y las reglas dentro de la manada, junto con una severa advertencia sobre la necesidad de «permanecer unidas». Lo mejor que podía esperar era que no la hicieran pasar delante de todas para señalarla como la última infractora. Pero aquella noche su deseo no estaba garantizado.

—Jayla Nandi, por favor, acércate —ordenó Ashanti sin el menor indicio de vejez o debilidad en su voz sonora.

Sintiéndose avergonzada y cohibida, la adolescente se encogió por completo.

—No seas tímida —la animó Ashanti, en cuyas palabras no faltaba amabilidad—. Estamos aquí para ayudarte, cariño. Sólo queremos lo mejor para ti, ¿no es así, chicas?

Un coro estridente de bramidos simultáneos atravesó el aire caluroso de la noche, y Jayla Nandi supo que no tenía otra opción que pasar delante. Con la cabeza gacha, arrastrando la trompa y percibiendo de reojo las miradas de reproche a ambos lados, recorrió el largo y penoso tramo hasta pararse delante de Ashanti.

Justo antes de alcanzar el centro de la escena, la matriarca la rodeó por los hombros con su enorme trompa, estrechando a su tataranieta en un abrazo cálido y afectuoso a la vista de todos.

—Lo último que quiero es que tengas miedo, chiquita —le aseguró Ashanti—, pero a veces el miedo es la única

manera efectiva que una tiene de imponerse para garantizar la obediencia.

—Pero si nunca has explorado lo desconocido —protestó Jayla Nandi, defendiéndose incluso antes de ser acusada—, ¿cómo puedes estar segura de que ahí afuera hay realmente algo que temer? ¡Todo lo que hice fue pensar en alejarme unos pasitos del camino marcado!

—¡Cállate! —gruñó alguien desde el círculo exterior—. Una elefanta de tu edad no es quién para interrumpir a la matriarca.

—Tal vez esa sea la primera regla sagrada que debemos repasar —sugirió una que estaba en el primer círculo, y su voz se parecía sospechosamente a la de Litsemba.

—Vale, ya está bien —murmuró Ashanti en un intento por apaciguar los ánimos—. No nos entretengamos con detalles superfluos, menos ahora que tenemos un asunto serio que discutir.

Por segunda vez Jayla Nandi no pudo contenerse:

—En realidad yo no he abandonado la manada —volvió a interrumpir.

La asamblea volvió a mandarla callar con un aviso abochornante que recibió la aprobación de Ashanti. El repentino silencio subrayó la necesidad de que la elefanta deambulante controlara sus impulsos, mucho más que cualquier palabra que la matriarca pudiera haber dicho.

Como por efecto, una abultada luna ámbar asomó sigilosamente en el cielo de la sabana, destacando la silueta retorcida de un baobab anciano, con sus flores nocturnas que se abrían suavemente. A lo lejos se oían las cigarras. Y la inconfundible risa loca de las hienas en plena cacería rasgó el silencio.

Tras esos momentos de expectación, Ashanti continuó hablando:

—Como iba diciendo —empezó después de aclararse la garganta—, al expresar ese deseo natural de aventurarse a ir sola, Jayla Nandi ha arrojado luz sobre un peligro real

que existe para todas y cada una de nosotras. Por supuesto que hubiera preferido no tener que agobiar a toda la familia con esto que os voy a decir —prosiguió severamente—, pero al parecer desde hace tiempo corremos un serio peligro sin saberlo.

Un paquidérmico jadeo colectivo se extendió por la manada. Ahora el auditorio estaba absorto. Se murmuraba acerca de ruidosos y extraños armatostes que habían aparecido en el cielo últimamente. Supuestamente, esas máquinas estaban ocupadas por miembros de una nueva especie muy peculiar, que caminaban sobre dos patas y pesaban incluso menos que una cría recién nacida. Se había advertido que, por alguna razón, estaban especialmente interesados en perseguir a los dóciles elefantes herbívoros con artefactos llamados rifles y escopetas, hiriéndolos y matándolos sólo para robarles sus colmillos de marfil, y dejando luego que sus enormes cadáveres se pudrieran bajo el inclemente sol de África. Hasta la noche anterior esas historias habían sido consideradas sólo rumores, pero ahora Ashanti aseguraba que eran ciertas y, pese al calor sofocante, un súbito escalofrío invadió a toda la manada.

—Como sabéis —continuó casi imperturbable—, cualquier forma de amenaza debe recibir un nombre a fin de poder hacerle frente efectivamente. Por eso, de aquí en adelante, nos referiremos a estos invasores violentos como «cazadores furtivos». Repetidlo conmigo —indicó al grupo.

—CA-ZA-DO-RES FUR-TI-VOS —repitieron obedientemente al unísono.

—Y a esos horribles armatostes que aparecen en el cielo los llamaremos «helicópteros».

—HE-LI-CÓ P-TE-ROS —repitieron a la perfección.

—Muy bien. —Ashanti sonrió, genuinamente impresionada. Y de repente sus ojos se llenaron de enormes y extrañas lágrimas de elefanta—. Oh, queridas, ojalá no tuviera que contaros el resto —se lamentó—, pero somos una familia... y yo soy la líder en la que confiáis... y, aunque sólo

sea por eso, debo deciros la verdad. Así que ahí va. Estas... hummm... estas criaturas bípedas, en fin, son conocidas porque disfrutaban de la práctica de algo llamado «matanza selectiva», por la cual coleccionan los restos de nuestros sagrados elefantes y luego los estudian... con un propósito que nadie en realidad conoce... y no es que pudiera existir una razón justificable para matar brutalmente a los miembros de nuestra pacífica comunidad.

Otro jadeo se alzó sobre la multitud.

—Así que como podéis ver, queridas mías —concluyó Ashanti tratando de recomponerse—, todo cuidado es poco para mantenernos a salvo como grupo. —Se secó un lagrimón rebelde con la punta de su trompa grisácea y rugosa—. Y si bien a veces la curiosidad de Jayla Nandi saca lo mejor de ella —la matriarca dirigió una mirada tierna a su afligida tataranieta—, este es el momento en que todas debemos recordar en primer lugar por qué nuestras reglas sagradas fueron creadas y, lamentablemente, hoy más que nunca, tenemos razones de mucho peso para que todas y cada una de nosotras las respete.

El suelo de la sabana tembló bajo el peso de las pisadas de docenas de patas de elefante, al tiempo que las inmensas cabezas asentían en conformidad.

—Jayla Nandi, a todas se nos rompería el corazón si algo malo llegara a ocurrirte —expresó Ashanti para finalizar—. ¿Nos das tu palabra de que no volverás a apartarte sola de la manada?

—Lo... lo... lo intentaré —prometió Jayla Nandi sumisamente.

—¡Eso no me basta! —En los ojos de Ashanti ya no había lágrimas, y su tono era tan firme y resuelto como su legendaria voluntad de hierro—. En la lucha por la supervivencia no hay lugar para blanduras del tipo «lo intentaré» —la regañó—. Tú, Jayla Nandi, y cada una de vosotras debéis comprometeros con lo que sea lo mejor para la manada. Tenemos que cuidar siempre las unas de las otras y he-

mos de seguir procreando para que nuestras crías se multipliquen en el futuro... a pesar de todos los esfuerzos de esos que quieren llevarnos a la extinción.

Entonces Ashanti dirigió al auditorio una mirada expectante. No se decepcionó.

Al instante estalló un clamor de aprobación entre las elefantas, que destrozó el aire sereno de la noche. El alboroto sobresaltó a las hienas y suricatas de los alrededores, despertó a los antílopes y a los ñus, y hasta alarmó a las imperturbables cobras africanas y a las serpientes de los árboles.

Ashanti había hablado. Y de algún modo, más allá de la lógica, toda África se había enterado.